

SAN JUAN EUDES

EL REINO DE JESUS EN LAS ALMAS CRISTIANAS

Donde se contiene lo que debemos
hacer en toda nuestra vida, para vivir
cristianamente, y para formar, hacer
vivir y reinar a Jesús en nosotros

Traducción de D. Germán Jiménez

**Serie
Grandes Maestros
N.º 3**

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

EL REINO DE JESUS EN LAS ALMAS CRISTIANAS

Con licencia eclesiástica
ISBN: 84-7770-214-5
Depósito legal: B-23.644-91
Printed in Spain
Impreso en España

PROLOGO

Ni un momento dudamos en aceptar la amable invitación que nos dirigió el docto traductor de esta obra al presentarla a sus lectores con unas líneas nuestras de prólogo. ¿Cómo no aceptarla muy gustosamente? Se trataba de un Sacerdote bien conocido por su celo por la salvación y santificación de las almas, que había traducido el precioso libro por entender «que las almas buenas mucho se pueden aprovechar, tratándose de libro tan sólido y práctico». Se trataba del amable San Juan Eudes, el gran enamorado y apóstol del Sagrado Corazón de Jesús, a quien «se le ha de mirar como padre, doctor y apóstol» de esta devoción.

Mas no lo hubiéramos hecho de no conocer de antemano y estimar en lo que se merece este admirable libro. Su contenido lo anuncia bien claramente el subtítulo. En él «Se contiene lo que debemos hacer en toda nuestra vida para vivir cristianamente y para formar, hacer vivir y reinar a Jesús en nosotros».

Casi al comenzar el capítulo primero y después de citar el famoso texto de San Pablo: «Nosotros los que componemos la Iglesia somos miembros de su cuerpo, formados de su carne y de sus huesos» (Ef. 5, 30), añade hermo-

samente: «Estando, por consiguiente, unidos a Él con la más íntima unión que puede darse, como es la de los miembros con su cabeza; unidos a Él espiritualmente por la fe y por la gracia que se nos ha dado en el Santo Bautismo, y corporalmente por la unión de su Santísimo Cuerpo con el nuestro en la Sagrada Eucaristía, síguese de aquí necesariamente que, así como los miembros están animados del espíritu de su cabeza y viven de su vida, de igual manera debemos nosotros vivir la vida de Jesús y estar animados de su espíritu, caminar tras sus huellas, revestirnos de sus sentimientos e inclinaciones, realizar todas nuestras acciones con las mismas disposiciones e intenciones con que Jesús realizaba las suyas; en una palabra, continuar, haciendo nuestra la vida, religión y devoción que Él practicó en la tierra».

Y amplificando estas preciosas ideas, dice en el capítulo siguiente: «Por aquí veis lo que es la vida cristiana: una continuación y complemento de la vida de Jesús. Es decir, que nuestras acciones deben ser la continuación de las acciones de Jesús; que debemos ser otros tantos Jesús para continuar en la tierra su vida y sus obras y para hacerlo y sufrirlo todo santa y divinamente con el espíritu de Jesús; o sea, con las disposiciones e intenciones santas y divinas con que el mismo Jesús se conducía en todas sus acciones y sentimientos...».

«Estas son las grandes verdades, las importantes verdades y dignas de toda nuestra consideración, que nos obligan a algo grande y que deben ser constantemente meditadas por cuantos desean vivir cristianamente.

»Pensad, por lo tanto, en ellas muchas veces y con atención, y aprended de aquí que la vida, la religión, la devoción y piedad cristianas consisten propia y verdaderamente en continuar la vida, devoción y religión de Jesús en la tierra; y que por ello no solamente los religiosos y religiosas sino también todos los cristianos están obliga-

dos a llevar una vida completamente santa y divina y a practicar todas sus obras santa y divinamente. Lo cual no es imposible, ni siquiera tan difícil como muchos se lo imaginan, antes muy dulce y fácil para los que tienen cuidado de elevar con frecuencia su espíritu y su corazón a Jesús y de entregarse y unirse a Él en todo lo que hacen».

Es de notar que en el lenguaje de San Pablo «cuerpo místico» no quiere decir algo tan recóndito y elevado que sea medio enigmático e inasequible, sino cuerpo *no material, sino moral*. Un colegio, una familia, iera forma un cuerpo *místico, moral*.

De la importancia de esta preciosa obra de San Juan Eudes decía el Padre Lebrún, doctor en Teología, después de haber hecho largos estudios sobre ella: «El Venerable (ahora Santo) ha condensado en ella con luminosa precisión sus ideas sobre la vida cristiana, su naturaleza, sus fundamentos y su expansión completa en la práctica de las virtudes. Con piedad tan ardiente como penetrante ha formulado los actos y ejercicios que deben alimentarla y desenvolverla. Ninguna otra de sus obras presenta semejantes ventajas». Así pensaba de ella su mismo ilustre autor.

El *Reino de Jesús* lo publicó en Caen el año 1637, cuando contaba 36 años de edad, en plena juventud. Tan favorable fue la acogida que el pueblo fiel le dispensó, que hubo de hacer su autor en Caen y Rouen, París y Lyon, siete copiosas ediciones en solo treinta y tres años. Los Hijos del Santo autor fueron naturalmente los que primero y más constantemente lo leyeron. A éstos siguieron muchos Monasterios de Benedictinos, Carmelitas, Ursulinas. Muchas almas piadosas del siglo hicieron de él su libro preferido y alcanzaron una elevada santidad conformando con sus enseñanzas su vida cotidiana. Una de las más célebres Comunidades de Francia, al decir de al-

guno, decidió no admitir a ninguna postulante que no llevara consigo el precioso libro. En el pasado siglo el Cardenal Mermillod lo tenía en tanta estima que pensó publicar una nueva edición.

«Uno de los más excelentes libros que se han publicado» lo llama el P. Herambourg y añade: «Merece el nombre de *emanación del cielo* que han dado los filósofos a la miel, este licor delicioso que alimenta y da salud. Es en verdad un libro que conviene a pequeños y grandes, a sencillos y sabios, a justos y pecadores. Los unos aprenderán en él el modo de hacer que mazca Jesús en sus almas y los otros el de hacer que crezca y se afirme de día en día. Parece su doctrina común y vulgar a los que lo leen distraídamente, pero los que piensan en él un poco y lo meditan, lo encuentran lleno de los misterios de la teología mística, explicados y descubiertos con una sencillez asequible a todas las inteligencias. Leyéndolo se aprende en poco tiempo a *santificar* a Nuestro Señor en el fondo de su propio Corazón, como lo desea el Apóstol. Sin rebajar en nada el mérito de tantos y tantos libros excelentes cada uno en su género, se puede aseverar que no hay uno solo que enseñe con tanta claridad y brevedad el secreto de la vida interior como el *Reino de Jesús en las almas cristianas*».

* * *

¡Lástima grande! Con razón se lamenta el celoso traductor de que entre nosotros sean tan poco conocidos el libro y el autor. Por eso ha hecho una obra muy meritoria que le han de agradecer todas las almas que quieren ser *cristianas* de veras. Nos presenta el precioso libro francés vestido con la hermosa lengua de Castilla en una traducción correctísima, reflejo fiel de las ideas del autor, nítida,

fluida, corriente, que se lee con tanto gusto como provecho.

¿Os extrañaréis quizás, piadosos lectores, de no encontrar en sus páginas el nombre benditísimo del Sagrado Corazón de Jesús? No está, es cierto, expresamente consignado, pero sí está implícito en todas ellas. En el *Reino de Jesús en las almas cristianas* está ya en germen lo que el gran Santo escribiría sobre el Divino Corazón. De este libro al del «Corazón admirable» no hay más que un paso. Leed *Corazón de Jesús* donde él dice sólo *Jesús* y tendréis un libro muy sólido y devoto de la gran devoción de nuestros días.

¿No había dicho el Apóstol de las Gentes en quien con preferencia se inspira San Juan Eudes: *Fomentad en vuestros corazones los mismos sentimientos que Jesucristo fomentó en el suyo?* ¿Pues qué es esto sino decir: Amad, honrad, imitad al Corazón del Salvador? ¿No dirá poco después Santa Margarita María que la preciosísima devoción ha de ser ante todo imitación de las virtudes y sentimientos del mismo amantísimo Corazón?

Por otra parte, «no difieren esencialmente», ha probado el autorizado P. Bainvel, S. J., la devoción *eudista* y la *margaritana*, llamémoslas así, al Divino Corazón. Cierto que la Virgen de Paray fue la evangelista y la apóstol oficial de esta devoción; pero también lo es que San Juan Eudes fue «su auxiliar y precursor». «No sin algún modo de inspiración divina tuvo el primero la idea de un culto público en su honor» asegura el Breve de Beatificación.

Hagamos que sea una verdad cada día más exacta el *Reinado de Jesús en nuestras almas*; que entonces reinará plenamente en nosotros el amantísimo Corazón. Este reinado entero, absoluto, amoroso, será el más espléndido monumento que le podemos erigir.

José M.^a Sáenz de Tejada, S. J.

PRIMERA PARTE

La vida cristiana y sus fundamentos

CAPITULO I

Que la vida cristiana debe ser una continuación de la vida santísima que Jesús hizo en la tierra

Jesús, Hijo de Dios e Hijo del hombre, Rey de los hombres y de los ángeles, no solamente es nuestro Dios, nuestro Salvador y soberano Señor, sino también nuestra cabeza, y nosotros sus miembros y su cuerpo, como dice San Pablo: «Nosotros, los que componemos la Iglesia, somos miembros de su cuerpo, formados de su carne y de sus huesos» (1). Estando, por consiguiente, unidos a Él con la más íntima unión que darse puede, como es la de los miembros con su cabeza; unidos a Él espiritualmente

1. «Membra sumus corporis ejus, de carne ejus, et de ossibus ejus». Eph., V. 30.

por la fe y por la gracia que se nos da en el santo bautismo, y corporalmente por la unión de su santísimo cuerpo con el nuestro en la sagrada Eucaristía, síguese de aquí necesariamente que, así como los miembros están animados del espíritu de su cabeza, y viven de su vida, de igual manera debemos nosotros vivir la vida de Jesús y estar animados de su espíritu, caminar tras sus huellas, revestirnos de sus sentimientos e inclinaciones, realizar todas nuestras acciones con las mismas disposiciones e intenciones con que Jesús realizaba las suyas; en una palabra, continuar, hacer nuestra la vida, religión y devoción que Él practicó en la tierra.

Esta afirmación es muy fundada, porque tiene en su apoyo no pocos lugares de las sagradas páginas, donde habla Aquél que es la misma verdad. ¿No le oís cómo dice en diversos lugares del evangelio? «Yo soy la vida». «Yo he venido para que tengáis vida». «Yo vivo y vosotros viviréis. Entonces conoceréis vosotros que yo estoy en mi Padre, que vosotros estáis en mí, y yo en vosotros» (2). Es decir, que como yo estoy en mi Padre, viviendo de la vida que Él de continuo me comunica, así vosotros estáis en mí y vivís mi propia vida, y yo vivo en vosotros, y vosotros conmigo y en mí viviréis.

Y su amado discípulo ¿no nos dice a voces «que Dios nos ha dado una vida eterna y que esta vida está en su Hijo, y que quien tiene al Hijo de Dios tiene la vida»; y, por el contrario, «que quien no tiene al Hijo, no tiene la vida» y «que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que por Él tengamos la vida, y que «somos nosotros

2. «Ego sum.. vita», Joan, XIV, 6. «Ego veni ut vitam habeant». Joan, X, 10. «Et non vultis venire ad me ut vitam habeatis». Joan, V, 40. «Ego vivo et vos vivetis. In illo die vos cognoscetis quia ego sum in Patre meo, et vos in me, et ego in vobis». Joan, XIV, 19, 20.

en este mundo como Él lo fue durante su vida (3); es decir, que aquí nosotros ocupamos su lugar y debemos vivir en este mundo como Él vivió.

Y en su apocalipsis ¿no nos declara el mismo apóstol que el esposo amado de nuestras almas, que es Jesús, clama sin cesar, diciéndonos: «Venid, venid a mí. El que tiene sed que venga; y el que quiera, tome de balde el agua de vida (4); es decir, que pueda dar dentro de mí con el agua de vida verdadera?». Lo cual está conforme con lo que cuenta el santo Evangelio, que un día el Hijo de Dios, puesto en pie en medio de una gran muchedumbre, decía en alta voz: «Si alguno tiene sed, venga a mí y beba» (5).

Y ¿qué es lo que a todas horas nos predica el apóstol San Pablo? «Que estamos muertos y que nuestra vida está escondida con Jesucristo en Dios» (6). «Que el Padre Eterno nos dio vida juntamente en Cristo y con Cristo» (7); es decir, que no solamente nos ha hecho vivir con su Hijo, sino también en su Hijo y de la vida de su Hijo»; que la vida de Jesús debe manifestarse también en nuestros cuerpos (8); que «Jesucristo es nuestra vida» (9); que Él está y vive en nosotros. «Vivo yo, dice de sí el Apóstol,

3. «Vitam aeternam dedit nodis Deus. Et haec vita in Filio ejus est. Qui habet Filium, habet vitam; qui non habet Filium, vitam non habet». I Joan., V, II, 12. — «Filium suum unigenitum misit in mundum, ut vivamus per eum». I Joan., IV, 9. — Sicut ille est, et nos sumus in hoc mundo. *ibid.*, 17.

4. «Veni.. veni. Et qui sitit veniat: et qui vult, accipiat aquam vitae gratis». Apoc., XXII, 17.

5. «Si quis sitit, veniat ad me et bibat». Joan., VII, 37.

6. «Mortui estis et vita vestra abscondita est cum Cristo in Deo». Col., III, 3.

7. «Deus autem.. convivificavit nos in Cristo». Eph., II, 5. «Et vos.. convivificavit cum illo». Col., II, 13.

8. «Et vita Jesu manifestetur in corporibus nostris». II Cor., IV, 10, 11.

9. «Cum Cristus apparuerit, vita vestra». Col., III, 4.

o más bien, no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí» (10). Y, si bien meditaís todo el capítulo en que él expone estas palabras, os convenceréis de que no habla solamente de sí mismo y en su nombre, sino en el nombre y persona de todo cristiano. Y, finalmente, hablando en otro lugar a los cristianos, dice: «que ora sin cesar por ellos, para que Dios les haga dignos del estado a que les ha llamado, y cumplan todos los designios que su bondad tiene sobre ellos y hagan con su poder fecunda su fe en buenas obras, a fin de que sea glorificado en ellos el nombre de N. S. Jesucristo y ellos en Él» (11).

Todos estos sagrados textos nos demuestran con toda evidencia que Jesucristo debe vivir en nosotros, que nosotros no debemos vivir sino en Él, y que su vida debe ser nuestra vida, que nuestra vida debe ser una continuación y expresión de su vida; y que para ninguna otra cosa tenemos derecho a vivir en la tierra, si no es para llevar, santificar, glorificar y hacer vivir y reinar en nosotros, el nombre, la vida, las cualidades y perfecciones, las disposiciones e inclinaciones, las virtudes y acciones de Jesús.

CAPITULO II

Confirmación de la verdad precedente

Para entender más claramente, y para cimentar con más firmeza en nuestras almas esta verdad fundamental

10. «Vivo autem, jam non ego, vivit vero in me Christus». Gal., II, 20.

11. «Oramus semper pro vobis: ut dignetur vos vocatione sua Deus nos-
tere, et impleat omnem voluntatem bonitatis, et opus fidei in virtute, ut clari-
ficetur nomen Domini nostri Jesu Christi in vobis, et vos in illo». II. Thess,
1, 11. 12.

de la vida, religión y devoción cristianas, tened a bien reparar y considerar que N. S. Jesucristo tiene dos clases de cuerpos y dos clases de vidas: Su primer cuerpo es el cuerpo natural que tomó de la Santísima Virgen; y su primera vida es la vida que tuvo en este mismo cuerpo, mientras estuvo en la tierra. Su segundo cuerpo es su cuerpo místico, la Iglesia, a la que San Pablo llama «corpus Christi» (1), el cuerpo de Jesucristo; y su segunda vida, la vida que tiene en este cuerpo y en todos los verdaderos cristianos, que son miembros de este cuerpo.

La vida pasible y temporal que Jesús tuvo en su cuerpo natural, terminó por completo en el momento de su muerte; pero quiere Él continuar esta misma vida en su cuerpo místico, hasta la consumación de los siglos, para glorificar a su Padre, con las acciones y sufrimientos de una vida mortal, laboriosa y pasible, no solamente durante el espacio de treinta y cuatro años (2) sino hasta el fin del mundo. Esta vida de Jesús en su cuerpo místico, esto es, en los cristianos, si bien es verdad que no llega aún a su total cumplimiento, llénase, no obstante, de día en día, y se completará con entera perfección al fin de los tiempos.

Por eso dice San Pablo: que «él está completando en su carne lo que queda por padecer a Cristo en sus miembros, sufriendo trabajos en pro de su cuerpo místico, que es la Iglesia» (3). Y lo que San Pablo dice de sí mismo, puede decirse de cada cristiano verdadero, cuando sufre algo con espíritu de sumisión y de amor a Dios. Y lo que San Pablo dice de los sufrimientos, puede decirse de todas

1. 1 Cor., XII, 27.

2. Más común es la opinión de los que creen que Jesucristo N. S. vivió en este mundo treinta y tres años. Nota del traductor.

3. «Adimpleo ea, quae desunt passionum Christi, in carne mea pro corpore ejus, quod est Ecclesia». Col., 1, 24.

las demás acciones que un cristiano realiza en la tierra. Porque así como San Pablo nos asegura que él completa los sufrimientos de Jesucristo, de igual manera puede decirse con toda verdad que un cristiano verdadero, por ser miembro de Jesucristo y por estar unido a Él por la gracia, continua y completa con las acciones que realiza animado del espíritu de Jesucristo, las acciones que el mismo Jesucristo ejecutó, durante el tiempo de su vida pasible en la tierra.

De suerte que, cuando un cristiano ora, continúa y completa la oración que Jesucristo hizo en la tierra; cuando trabaja, continúa y completa la vida laboriosa de Jesucristo; cuando trata con el prójimo con espíritu de caridad, continúa y completa la vida de comunicación de Jesucristo; cuando come o reposa cristianamente, continúa y completa la sujeción que Jesucristo quiso tener a estas necesidades; y así podríamos decir de todas las demás acciones cristianamente practicadas.

En este sentido nos manifiesta San Pablo que «la Iglesia es el complemento o la perfección de Jesucristo, en cuanto Él es su mística cabeza y lo llena todo en todos, formando un todo cumplido y perfecto y comunicando a todos sus miembros el ser y la vida» (4). Y en otro lugar nos da a entender que «todos nosotros trabajamos en la edificación del cuerpo místico de Jesucristo, hasta que lleguemos a la medida de la edad perfecta de Jesucristo (5); es decir a la edad según la cual Jesucristo se ha de formar místicamente en nosotros, lo cual no se cumplirá en toda su perfección sino en el día del juicio.

4. «Et ipsum dedit caput supra omnem Ecclesiam, quae est corpus ipsum, et plenitudo ejus, qui omnia in omnibus adimpletur». Eph., I, 22, 23.

5. «Et ipse dedit quosdam apostolos... in aedificationem corporis Christi; donec occurramus omnes in unitatem fidei, et agnitionis Filii Dei, in virum perfectum, in mensuram aetatis plenitudinis Christi». Eph., IV, 11-13.

Porque siendo este divino Jesús nuestra cabeza y nosotros sus miembros, unidos a Él con una unión incomparablemente más estrecha, más noble y elevada que la unión que existe entre la cabeza y los miembros de un cuerpo natural, síguese forzosamente que debemos estar animados de su espíritu y vivir de su vida, más particular y perfectamente que los miembros de un cuerpo natural están animados y viven de su cabeza.

Estas son las grandes verdades, las importantes verdades y dignas de toda nuestra consideración, que nos obligan a algo grande y que deben ser constantemente meditadas por cuantos desean vivir cristianamente.

Pensad, por lo tanto, en ellas muchas veces y con atención y aprended de aquí: que la vida, la religión, la devoción y piedad cristianas consisten propia y verdaderamente en continuar la vida, devoción y religión de Jesús en la tierra, y que por ello, no solamente los religiosos y religiosas, sino también todos los cristianos están obligados a llevar una vida completamente santa y divina y a practicar todas sus obras santa y divinamente. Lo cual no es imposible, ni siquiera tan difícil como muchos se lo imaginan, antes muy dulce y fácil para los que tienen cuidado de elevar con frecuencia su espíritu y su corazón a Jesús y de entregarse y unirse a Él en todo lo que hacen.

CAPITULO III

Cuatro fundamentos de la vida cristiana

Primer fundamento: LA FE

Asentado ya que no tenemos derecho a vivir en el mundo sino para continuar la vida santa y perfecta de

nuestra cabeza, que es Jesús, cuatro cosas debemos considerar frecuentemente, adorar en la vida que Jesús tuvo en la tierra y esforzarnos, cuanto nos sea dado con la ayuda de su gracia, por expresarlas y continuarlas en nuestra vida, cuatro cosas que son como otros tantos fundamentos de la vida cristiana, y sin las cuales, por consiguiente, es imposible ser verdadero cristiano. Por esto, es necesario deciros aquí algo de cada una de ellas en particular.

El primer fundamento de la vida cristiana es la fe. Porque San Pablo nos manifiesta «que si queremos ir a Dios y llegarnos a su divina Majestad, el primer paso que hemos de dar es creer» (1) y que «sin fe es imposible agradar a Dios» (2). «La fe, dice el mismo apóstol, es el fundamento de las cosas que esperamos» (3). Es la piedra fundamental de la casa y del reino de Jesucristo. Es una luz celestial y divina, una participación de la luz eterna e inaccesible, un rayo del rostro de Dios; o, para hablar un lenguaje más conforme a la Escritura, la fe es como un divino sello por el cual la luz del rostro de Dios queda impresa en nuestras almas (4).

Es una comunicación y una como extensión de la luz y ciencia divina que fue infundida en el alma santa de Jesús, en el momento de su Encarnación. Es la ciencia de la salvación, la ciencia de los santos, la ciencia de Dios que Jesucristo ha sacado del seno de su Padre y nos la ha traído a la tierra, para disipar nuestras tinieblas, para iluminar nuestros corazones, para darnos los conocimientos necesarios a fin de servir y amar a Dios perfectamente, para someter y subyugar nuestros espíritus a las verdades que Él nos enseñó y nos enseña aún por Él mismo y por

1. «Crederi enim oportet accedentem ad Deum». Heb., II, 6.

2. «Sine fide autem impossibile est placere Deo. Ibid.».

3. «Est autem fides sperandarum substantia rerum». Heb., II, 1.

4. «Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine». Ps. 4, 7.

medio de su Iglesia, y así expresar, continuar y completar en nosotros la sumisión, la docilidad y el rendimiento voluntario y sin sombras que su espíritu humano tuvo con respecto a las luces que su Eterno Padre le comunicó y a las verdades que le fueron enseñadas; toda vez que la fe, que nos ha sido dada para sujetar y hacer cautivo nuestro espíritu a la creencia de las verdades que se nos manifiestan de parte de Dios, es una continuación y complemento de la sumisión amorosa y perfectísima que el espíritu humano de Jesucristo tuvo a las verdades que su Padre Eterno le manifestó.

Esta luz y ciencia divina nos da un perfecto conocimiento, en la medida que se puede tener en este mundo, de todas las cosas que están en Dios y fuera de Dios.

La razón y la ciencia humana las más de las veces nos engañan; ya porque son débiles y limitadas en sus luces para alcanzar el conocimiento de las cosas de Dios, infinitas e incomprensibles; como también, porque la ciencia y la razón humana están envueltas en tinieblas y oscuridades, como consecuencia de la corrupción del pecado, para poder tener siquiera un conocimiento verdadero de las cosas que están fuera de Dios. Pero la luz de la fe, siendo, como es, una participación de la verdad y luz de Dios, no nos puede engañar, sino que nos hace ver las cosas como Dios las ve, es decir, en su propia verdad y como son a los ojos de Dios.

De suerte, que si miramos a Dios con los ojos de la fe, le veremos en su propia verdad, tal como Él es, y en cierta manera como cara a cara. Porque, aunque bien es verdad que la fe va unida a la oscuridad y nos hace ver a Dios, no con la claridad con que se le ve en el cielo, sino oscuramente y como a través de una nube, sin embargo, no humilla su suprema grandeza, como hace la ciencia, entregándose al alcance de nuestro espíritu, sino que, a través de sus sombras y oscuridades penetra hasta la infi-

nitud de sus perfecciones y nos le hace conocer tal como Él es: infinito en su ser y en todas sus divinas perfecciones.

Ella nos da a conocer que todo lo que hay en Dios y en Jesucristo, Hombre-Dios, es infinitamente grande y admirable, infinitamente adorable y amable, e infinitamente digno de ser glorificado y amado por sí mismo. Ella nos hace ver que Dios es veracísimo y fidelísimo en sus palabras y promesas, que es todo bondad, todo dulzura y todo amor para con los que le buscan y ponen en Él su confianza, así como todo rigor, espanto y severidad para con los que le abandonan, siendo cosa espantosamente terrible caer en las manos de su justicia. Ella nos da a conocer con completa seguridad que la divina Providencia guía y gobierna, santa y sapientísimamente y del mejor modo posible, todo cuanto ocurre en el mundo; providencia que merece ser infinitamente adorada y amada por todos los seres que ella ordena, sea en su justicia, sea en su misericordia, en el cielo, en la tierra y en el infierno.

Si miramos a la Iglesia de Dios a la luz de la fe, veremos que teniendo a Jesucristo por su cabeza y al Espíritu Santo por su guía, es imposible que pueda en cosa alguna apartarse de la verdad ni en callar a la mentira; y que, por consiguiente, todas las ceremonias, usos y funciones de la Iglesia han sido santamente instituidos, que cuanto ella prohíbe y manda, muy legítimamente queda prohibido y mandado, que todo lo que enseña es infaliblemente verdadero, que hemos de estar dispuestos a morir mil veces antes que apartarnos lo más mínimo del mundo de verdades que nos comunica, y, que en fin, estamos obligados a honrar y reverenciar de una manera particular todas las cosas que están en la Iglesia, como cosas santas y sagradas.

Si nos vemos a nosotros mismos y a todas las cosas del

mundo con los ojos de la fe, veremos con toda claridad que, de nosotros mismos, no somos más que nada, pecado y abominación, y que todo lo que hay en el mundo, no es sino humo, ilusión y vanidad.

Así hemos de mirar todas las cosas, no en la vanidad de nuestros sentidos, ni con los ojos de la carne y de la sangre, ni con la pobre y engañosa vista de la razón y de la ciencia humana, sino en la verdad de Dios, y con los ojos de Jesucristo, con aquella luz que Él sacó del seno de su Padre, con la que mira y conoce todas las cosas, luz divina que Él nos ha comunicado, a fin de que mirásemos y conociésemos todas las cosas como Él las mira y conoce.

CAPITULO IV

Que la Fe debe ser norma de todas nuestras acciones

Así como debemos mirar todas las cosas a la luz de la fe para conocerlas con verdad, de igual manera debemos practicar todas nuestras acciones, guiados por esta misma luz para realizarlas santamente. Porque, como Dios se conduce por su divina sabiduría; los ángeles, por su inteligencia angélica; los hombres privados de la luz de la fe, por la razón; las personas del mundo, por las máximas que en él se siguen; los voluptuosos, por sus sentidos; así los cristianos, de quien Jesucristo es la cabeza, deben guiarse por la misma luz que a Jesucristo guió; es decir, por la fe, que es una participación de la ciencia y luz de Jesucristo.

Para ello, debemos esforzarnos, con toda clase de medios, por aprender bien esta divina ciencia y por no emprender nada que se desvíe de esta santa norma. A este efecto, al comenzar nuestras acciones, sobre todo las más importantes, pongámonos a los pies del Hijo de Dios, adorémosle como autor y consumidor de la fe y como a quien es Padre de las luces, luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo.

Reconozcamos que, de nosotros mismos, no somos más que tinieblas y que todas las luces de la razón, de la ciencia y hasta de la experiencia humana no son, con harta frecuencia, más que oscuridades e ilusiones, en las que no debemos tener confianza alguna. Renunciemos a la prudencia de la carne y a la sabiduría del mundo; pidamos a Jesús que las destruya en nosotros como a verdaderos enemigos, que no permita que sigamos sus leyes, sus máximas y consejos; antes, por el contrario, que nos ilumine con su luz celestial, que nos guíe con su divina sabiduría, que nos dé a conocer lo que le es más grato, que nos conceda gracia y fortaleza para asentir inquebrantablemente a sus palabras y promesas, para cerrar constantemente los oídos a toda consideración, y para preferir con valentía las verdades y máximas de la fe que Él nos enseña por su Evangelio y por la Iglesia, a todas las razones y discursos de los hombres que se conducen según las máximas del mundo.

A este fin, muy bueno sería, contando con el permiso de quienes lo puedan dar, leer todos los días de rodillas un capítulo de la vida de Jesús contenida en el Nuevo Testamento, a fin de aprender cuál ha sido la vida de nuestro Padre y de advertir cuidadosamente, considerando las acciones que Él obró, las virtudes que ejercitó y las palabras que profirió, las reglas y máximas por las que Él se condujo y quiere que nosotros nos conduzcamos. Porque la prudencia cristiana consiste en renunciar a las má-

ximas de la prudencia humana, en invocar el espíritu de Jesucristo, a fin de que nos ilumine, nos conduzca según sus máximas y nos gobiene, conforme a las verdades que Él nos ha enseñado y las acciones y virtudes que Él practicó. Esto es conducirse según el espíritu de la fe.

CAPITULO V

Segundo fundamento de la vida cristiana: El odio y el apartamiento del pecado

Si estamos obligados a continuar en la tierra la vida santa y divina de Jesús, debemos también revestirnos de los sentimientos e inclinaciones del mismo Jesús, según la enseñanza de su Apóstol: «Hoc sentite in vobis et in Christo Jesu» (1). Habéis de tener en vuestros corazones los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo en el suyo.

Ahora bien, Jesucristo tuvo dos clases de sentimientos en extremo contrarios, a saber: un sentimiento de amor infinito, por lo que mira a su Padre y a nosotros. y un sentimiento de sumo odio a todo lo que es contrario a la gloria de su Padre y a nuestra salvación, es decir, a todo lo que respecta al pecado.

Ama a su Padre, y lo mismo a nosotros, con amor infinito; del mismo modo, odia al pecado infinitamente. Y ama tanto a su Padre y a nosotros, que ha hecho cosas infinitamente grandes, ha sufrido tormentos sumamente do-

1. Philip., 2, 5.

lorosos, y ha sacrificado su vida soberanamente preciosa por la gloria de su Padre y por nuestro amor.

Por el contrario, es tal el horror que tiene al pecado, que bajó del cielo a la tierra, se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo, vivió treinta y cuatro años (2) en la tierra una vida llena de trabajos, de desprecios y sufrimientos, derramó hasta la última gota de su sangre, y murió con la más afrentosa y cruel de todas las muertes; todo ello, por el odio que tiene al pecado y por el deseo supremo que alberga en su corazón de destruirlo en nosotros.

Debemos, por lo tanto, continuar en nosotros estos mismos sentimientos que Jesús tuvo para con su Padre y en orden al pecado, declarándole la guerra que Él le declaró mientras estuvo en la tierra; porque, si estamos obligados a amar a Dios sobre todas las cosas y con todas nuestras fuerzas, también lo estamos a odiar infinitamente, o cuanto podamos, al pecado.

Para llegar a esto, mirad desde ahora al pecado, no como lo miran los hombres, con ojos carnales y cegados, sino como lo mira Dios, con ojos esclarecidos con su luz divina, con los ojos de la fe.

Veréis a esta luz y con estos ojos, que siendo el pecado en cierta manera infinitamente contrario y opuesto a Dios y a todas sus divinas perfecciones y suponiendo la privación de un bien infinito, como es Dios, entraña en sí una malicia, una locura, una fealdad, una miseria tan grande como Dios, infinito en bondad, en sabiduría, en hermosura y en santidad (3); y que debe ser, por consiguiente, en algún modo tan odiado y perseguido como Dios merece ser buscado y amado. Veréis que el pecado es cosa tan horrible que no puede ser borrado sino con la sangre de un Dios; tan detestable que no puede ser des-

2. Véase la nota (2) de la página 24.

truido sino por la muerte y destrucción de un Hombre-Dios; tan abominable que no puede dejar de existir sino por el anonadamiento del Hijo único de Dios; tan execrable ante Dios, a causa de la injuria y deshonor infinito que le infiere, que tal injuria y deshonor no puede ser dignamente reparado sino con los trabajos, sufrimientos, agonías, con la muerte y méritos infinitos de un Dios.

Veréis que el pecado es un cruel homicida, un deicida espantoso, y la más horrible destrucción de todas las cosas. Es un homicida, puesto que es la única causa en el hombre de la muerte de su cuerpo y de su alma juntamente. Es un deicida, porque el pecado, el pecador hizo morir a Jesucristo en la cruz y todavía le crucifica cada día en sí mismo. Es además, la destrucción de la naturaleza, de la gracia, de la gloria y de todas las cosas, porque destruyendo, en cuanto en él está, al autor de la naturaleza, de la gracia y de la gloria, destruye en cierta manera todas estas cosas.

Veréis también, que el pecado es tan destestable ante Dios, que la primera, la más noble y querida de sus criaturas, el ángel, así que cayó en un solo pecado, y él nada más de pensamiento, un pecado de un momento, le precipitó desde lo más alto del cielo a lo más profundo de los infiernos, sin darle un solo momento de tiempo para hacer penitencia, por indigno e incapaz (4) de ella; y cuando se encuentra a un alma a la hora de la muerte con un pecado mortal, a pesar de ser todo bondad y amor para con su criatura, no obstante el deseo supremo que tiene de salvar a todo el mundo, y a este efecto haber derramado su sangre y dado su vida, se ve obligado por su justi-

3. «Peccatum contra Deum commissum quandam infinitatem habet, ex infinitate divinae majestatis: tanto enim offensa est gravior, quanto major est ille in quem delinquitur». St. Th. III, 1, 2, ad 2^m.

4. Cf. S. Th., 1, 64, 2.

cia a pronunciar una sentencia de eterna condenación contra esta alma desventurada. Pero, lo más asombroso de todo esto es: Que el Padre Eterno, viendo a su propio Hijo, a su Hijo único amadísimo, santísimo e inocentísimo, cargado de pecados ajenos, «no le ha perdonado, dice San Pablo, sino que le ha entregado por nosotros a la cruz y a la muerte» (5).

¡Tan abominable y execrable ante Él es el pecado!

Veréis además que el pecado está tan lleno de malicia que transforma a los servidores de Dios en esclavos del diablo, a los hijos de Dios en hijos del diablo, a los miembros de Jesucristo en miembros de Satanás y hasta a los que son dioses por gracia y por participación en diablos por semejanza e imitación, según la palabra del que es la misma verdad, quien hablando de un pecador, le llama diablo: «unus ex vobis diabolus est» (6).

Conoceréis, en fin, que el pecado es el mal de los males y la desgracia de las desgracias; el manantial de todos los males y desgracias que cunden por la tierra y colman el infierno. En verdad que no hay sino este solo mal en el mundo que pueda ser llamado mal, entre todas las cosas terribles y espantosas, la más terrible y espantosa; más horrible que la muerte, más espantable que el diablo, más pasmoso que el infierno, puesto que todo lo que hay de horrible, espantable y pasmoso en la muerte, en el diablo y en el infierno, procede del pecado.

¡Oh pecado, qué detestable eres! ¡Ah si los hombres te conociesen! Es preciso decir bien claro que hay algo en ti, infinitamente más horrible que cuanto se puede decir y pensar, porque el alma manchada con tu corrupción no puede quedar limpia y purificada sino con la sangre de un

5. «Proprio Filio suo non pepercit, des pro nobis omnibus tradidit illum». Rom. VIII, 32.

6. Joan, 6, 71.

Dios, y tú no puedes ser destruido y aniquilado sino por la muerte y anonadamiento de un Hombre-Dios.

¡Oh gran Dios! no me asombra que tanto odieis a este monstruo infernal y que le castiguéis con tanto rigor. Asómbrense los que no os conocen y los que no conocen la injuria que se os hace con el pecado. En verdad, ¡oh Dios mío! que no seríais Dios si no odiaseis infinitamente la iniquidad. Porque, viéndoos felizmente necesitado de amaros a Vos mismo, como a bondad infinita que sois, con infinito amor; estais igual santamente obligado a aborrecer infinitamente lo que os es, en cierto modo, infinitamente contrario.

¡Oh cristianos que leeis estas cosas, fundadas todas ellas en la palabra de la eterna Verdad!, si aún os queda alguna centellita de amor y de celo por el Dios que adoráis, aborreced lo que Él tanto aborrece y le es tan contrario. Temed al pecado y huid de él más que de la peste, más que la muerte, más que de todos los males imaginables. Conservad siempre en vosotros una inquebratable resolución de sufrir mil muertes con toda clase de tormentos, antes que separaros jamás de Dios por un pecado mortal.

Y, a fin de que Dios os preserve de semejante desgracia, cuidad también de evitar, cuanto podáis, el pecado venial. Porque debéis recordar, que fue preciso que Nuestro Señor derramase su sangre y sacrificase su vida para borrar tanto el pecado mortal como el venial; y que el que descuida el pecado venial, caerá pronto en el mortal. Si no sentís en vosotros estas resoluciones rogad a Nuestro Señor que os las imprima en vuestra alma, y no tengais un momento de reposo hasta que os encontréis con ellas. Porque, mientras no esteis en la disposición de morir y de sufrir toda clase de desprecios y tormentos antes que cometer pecado alguno, sabed que no sois verdaderamente cristiano; que si por desgracia acontece que caye-

rais en alguna falta, esforzaos por levantaros cuanto antes, por medio de la contrición y confesión y volved nuevamente a vuestras primeras disposiciones.

CAPITULO VI

Tercer fundamento de la vida cristiana: El desprendimiento del mundo y de las cosas del mundo

No basta a un cristiano estar desprendido del vicio y aborrecer toda clase de pecados, además de esto es necesario que trabajéis cuidadosa y varonilmente por manteneros en un perfecto desprendimiento del mundo y de todas las cosas del mundo. Entiendo por mundo: la vida corrompida y desarreglada que se lleva en el mundo, el espíritu reprobable que en él reina, los sentimientos e inclinaciones perversas que allí se siguen, y las leyes y máximas perniciosas por las que el mundo se gobierna. Entiendo por cosas del mundo: todo lo que el mundo tanto estima y ama y con afán busca, a saber: los honores y alabanzas de los hombres, los vanos placeres y contentamientos, las riquezas y comodidades temporales, las amistades y aficiones fundadas en la carne y en la sangre, en el amor propio y en el propio interés.

Ojead la vida de Nuestro Señor Jesucristo y encontraréis que Él vivió en la tierra dentro del más perfecto desprendimiento y privación de todas las cosas. Leed su Evangelio, escuchad su palabra y aprenderéis: «que el que no renuncia a todas las cosas no puede ser su discípulo». Por esto, si deseáis ser verdaderamente cristiano y discí-

pulo de Jesucristo, si deseáis continuar y reproducir en vosotros su vida santa y desprendida de todas las cosas, es preciso que os esforcéis por manteneros en este desprendimiento absoluto y universal del mundo y de todas las cosas del mundo.

Para ello, debéis considerar con frecuencia; que el mundo ha sido y será siempre contrario a Jesús, que siempre le ha perseguido y crucificado y le perseguirá y crucificará sin cesar hasta la consumación de los siglos, que los sentimientos e inclinaciones, las leyes y máximas, la vida y el espíritu del mundo, de tal manera son opuestos a los sentimientos e inclinaciones, a las leyes y máximas, a la vida y espíritu de Jesús, que es imposible puedan subsistir juntamente. Porque todos los sentimientos e inclinaciones de Jesús no se encaminan sino a la gloria de su Padre y a nuestra santificación, y los sentimientos e inclinaciones del mundo no tienden más que al pecado y a la perdición.

Las leyes y máximas de Jesús son dulcísimas, muy santas y razonables; las leyes y máximas del mundo son leyes y máximas de infierno, completamente diabólicas, tiranas e insoportables. ¿Puede haber nada más diabólico y tirano que las leyes execrables de esos mártires del mundo que se obligan, según sus reprobables máximas, a sacrificar su bienestar, su alma y su salvación a Satanás, por un maldito puntillo de honor? Y lo que es más horrible aún, es que están obligados por la tiranía rabiosa de las leyes abominables del mundo, si se les llama por segunda vez, a batirse a veces a sangre fría, sin objeto y sin razón, por la pasión y locura de un impertinente, que les es indiferente, con el mayor de sus enemigos y clavarle a menudo la espada en su seno, dándole muerte, arrancando el alma del cuerpo para entregarla a Satanás en las llamas eternas. ¡Qué rabia y crueldad! ¡Oh Dios mío! ¿Pude verse nada más duro y tiránico?

La vida de Jesús es una vida santa y adornada de toda clase de virtudes; la vida del mundo es una vida depravada, llena de desórdenes y de toda clase de vicios. El espíritu de Jesús en orden a Dios, es espíritu de luz, de verdad, de piedad, de amor, de confianza, de celo y de reverencia; el espíritu del mundo es un espíritu de error, de incredulidad, de tinieblas, de ceguera, de desconfianza, de alboroto, de impiedad, de irreverencia y de dureza para con Dios y las cosas de Dios.

El espíritu de Jesús es un espíritu de humildad, de modestia, de desconfianza de uno mismo, de mortificación y abnegación, de constancia y firmeza, con relación a nosotros mismos; por el contrario, el espíritu del mundo, es un espíritu de orgullo, de presunción, de amor desordenado de sí mismo, de ligereza e inconstancia. El espíritu de Jesús, con relación al prójimo, es un espíritu de misericordia, de caridad, de paciencia, de dulzura y de unión; el espíritu del mundo es un espíritu de venganza, de envidia, de impaciencia, de cólera, de murmuración y de división.

En fin, el espíritu de Jesús es el espíritu de Dios, espíritu santo y divino, espíritu de toda clase de gracias, de virtud y de bendición, espíritu de paz y de tranquilidad, espíritu que no busca más que los intereses de Dios y de su gloria; por el contrario, el espíritu del mundo es el espíritu de Lucifer; porque siendo Lucifer príncipe y cabeza del mundo, síguese necesariamente que el mundo está animado y regido de su espíritu; espíritu terreno, carnal y animal, espíritu de maldición y de toda clase de pecados, espíritu de turbación y de inquietud, espíritu de borrasca y tempestad, «spiritus procellarum» (1), espíritu que no busca más que su propia comodidad, sus gustos e intereses. Juzgad ahora si es posible que el espíritu y la vida

1. Ps., X, 7.

del mundo pueda compartir con el espíritu y la vida cristiana, que no es otra cosa que el espíritu y la vida de Jesucristo.

Por todo lo dicho, si deseáis ser verdaderamente cristianos, es decir, si deseáis pertenecer perfectamente a Jesucristo, vivir su vida, estar animados de su espíritu y conducir os según sus máximas, es de todo punto necesario que os propongáis renunciar enteramente y dar un eterno adiós al mundo. No quiero decir que sea necesario que abandonéis el mundo para encerraros entre cuatro paredes, si Dios no os llama a ello; pero sí que os esforcéis por vivir en el mundo, como si no fuerais del mundo, esto es, que hagáis profesión pública generosa y constante de no vivir más la vida del mundo y de no conducir os adelante por su espíritu y por sus leyes; que no os avergoncéis, antes por el contrario, que os gloriéis santamente de ser cristianos, de pertenecer a Jesucristo y de preferir las santas máximas y verdades que Él nos ha dejado en su Evangelio a las perniciosas máximas y falsedades que el mundo enseña a sus discípulos; y que, a lo menos, tengáis tanto ánimo y firmeza para renunciar a las leyes, sentimientos e inclinaciones del mundo y para despreciar por virtud todos sus vanos discursos y engañosas opiniones, como temeridad e impiedad él alardea tener en despreciar perversamente las leyes y máximas cristianas y en enojarse impertinentemente con los que las siguen.

Porque en esto consiste el verdadero valor y la perfecta generosidad; y lo que el mundo llama valor y espíritu fuerte, no es más que cobardía y debilidad de corazón.

He aquí lo que yo llamo desprenderse del mundo y vivir en el mundo como si en él no se estuviese.

CAPITULO VII

Continuación de la materia precedente, sobre el desprendimiento del mundo

Es necesario, a fin de grabar mejor en vuestra alma este desprendimiento del mundo, que no os limitéis en vuestro empeño a apartaros de él, sino también que le aborrezcáis como Jesucristo le aborreció. Pues bien, Jesucristo de tal manera aborrece al mundo que no sólo nos exhorta por su discípulo amado a que «no amemos al mundo ni las cosas que hay en el mundo» (1), sino que nos declara además por su apóstol Santiago que «la amistad de este mundo es para Él enemistad» (2), es decir, que tiene por enemigos suyos a cuantos aman al mundo. Y por sí mismo nos asegura «que su reino no es de este mundo; como tampoco lo son, ni Él, ni los que su Padre le ha dado» (3). Y, lo que es mucho más formidable, protesta altamente, y esto al tiempo y en el día en que da a conocer los mayores excesos de su bondad, la víspera de su muerte, cuando se dispone a dar su sangre y su vida por la salvación de los hombres; protesta, digo, altamente «que Él no ruega por el mundo» (4); y con esto, fulmina un espantoso anatema, una maldición y excomunión contra el mundo, declarándole indigno de la participación de sus plegarias y de sus misericordias.

1. «Nolite diligere mundum neque ea quae in mundo sunt». I Joan, II, 15.

2. «Nescitis quia amicitia hujus mundi inimica est Dei? Quicumque ergo voluerit amicus esse saeculi hujus, inimicus Dei constituitur». Jac., IV, 4.

3. Regnum meum non est de hoc mundo. Joan., XVIII, 36.

«Quos dedisti mihi custodivi... non sunt de mundo sicut et ego non sum de mundo. Non rogo ut tollas eos de mundo, sed ut serves eos a malo. De mundo non sunt, sicut et ego non sum de mundo». Joan., XVII, 12-16.

4. Ego pro eis rogo; non pro mundo rogo». Joan., XVII, 9.

Nos asegura, finalmente, «que el mundo está ya juzgado, que el príncipe de este mundo ha sido lanzado fuera» (5). En efecto, tan pronto como el mundo cayó en la corrupción causada por el pecado, la divina justicia lo juzgó y condenó a ser abrasado y consumido por el fuego. Y, aunque el efecto de esta sentencia se dilate, se resolverá, no obstante, en la consumación de los siglos. En consecuencia de lo cual, Jesucristo mira al mundo como el objeto de su odio y de su maldición, como cosa que intenta y desea pasarlo por el fuego el día de su furor.

Penetrad, pues, en estos sentimientos y afectos de Jesús con respecto al mundo y a todas las cosas del mundo. Mirad en adelante al mundo como Jesús lo mira, como el objeto de su odio y maldición. Miradle como cosa que Él os prohíbe amar, bajo pena de incurrir en su enemistad; como cosa que Él ha condenado y maldito por su propia boca, con el que, por consiguiente, no nos es permitido comunicarnos sin participar de su maldición; miradle como cosa que Él quiere abrasar y reducir a cenizas. Mirad todas las cosas que el mundo tanto ama y estima: los placeres, los honores, las riquezas, las amistades y aficiones mundanas y demás cosas semejantes, como cosas de puro paso, según el oráculo divino: «Mundus transit et concupiscentia ejus» (6), el mundo pasa, y pasan también con él todos sus atractivos; cosas que no son más que nada y humo, engaño e ilusión, vanidad y aflicción de espíritu. Leed muchas veces y considerad atentamente estas verdades; pedid todos los días a Nuestro Señor que os las imprima en vuestro corazón.

Y, a fin de disponeros a ello, tomad todos los días algún tiempo para adorar a Jesucristo en el perfecto des-

5. «Nunc judicium est mundi; nunc princeps hujus mundi ejicietur foras». Joan., XII, 31.

6. I Joan., II, 17.

prendimiento que tuvo del mundo y suplicadle que os desprenda de él por completo e imprima en vuestro corazón, odio y aborrecimiento a todas las cosas del mundo.

Guardaos, por vuestra parte, de no comprometeros con las visitas y conversaciones inútiles que se estilan en el mundo. Si estáis ligados a ellas, romped ¡por Dios! a cualquier precio vuestros compromisos y huid más que de la peste, de lugares, personas y compañías en las que no se habla más que del mundo y de las cosas del mundo. Porque, como de estas cosas se habla con aprecio y consideración, es muy difícil que las conversaciones que en el mundo se tienen no dejen alguna mala impresión en vuestro espíritu. Y fuera de esto, no ganaréis más que una peligrosa pérdida de tiempo; no encontraréis más que una triste disipación y aflicción de espíritu; no reportaréis más que amargura de corazón, enfriamiento de la piedad, apartamiento de Dios y mil otras faltas que cometeréis.

Y mientras busquéis y améis la conversación del mundo, Aquél que tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres, no las tendrá en vosotros y no os hará gustar las dulzuras que comunica a los que ponen todas sus delicias en conversar con Él.

Huid, pues, del mundo, os lo digo una vez más; huid de él y aborreced su vida, su espíritu y sus máximas, y no hagáis amistad ni tengáis comunicación, en cuanto os sea posible, sino con las personas que podéis o que os pueden ayudar y animar, con su ejemplo y su palabra, a amar a nuestro amabilísimo Jesús, a vivir de su espíritu y a detestar cuanto le es contrario.

CAPITULO VIII

Del desprendimiento de sí mismo

Mucho es haber renunciado al mundo, de la manera que acabamos de decir, pero esto no es aún bastante para llegar al perfecto desprendimiento, que es uno de los principales fundamentos de la vida cristiana. Porque Nuestro Señor Jesucristo clamó en alta voz que «quien quiera ir en pos de Él, renuncie a sí mismo y le siga» (1). Por lo tanto, si queremos seguir a Jesucristo y pertenecerle, es preciso renunciarnos a nosotros mismos, es decir, a nuestro propio espíritu, a nuestros propios sentidos, a nuestra propia voluntad, a nuestros deseos e inclinaciones y a nuestro amor propio que nos lleva a odiar y evitar todo lo que ocasiona cualquier pena y mortificación al espíritu y a la carne, y a amar y buscar lo que les proporciona algún placer y contentamiento.

Dos razones nos obligan a esta abnegación y renuncia de nosotros mismos:

1.^a Porque cuanto hay en nosotros de tal modo está desarreglado y viciado, como consecuencia de la corrupción del pecado, que no hay nada nuestro en nosotros que no sea contrario a Dios, que no entorpezca sus santos designios y no se oponga al amor y a la gloria que le debemos. Por esto, si deseamos ser de Dios, es de toda necesidad renunciarnos a nosotros mismos, olvidarnos, odiarnos, perseguirnos y anonadarnos.

2.^a Porque Nuestro Señor Jesucristo, que es nuestra cabeza y nuestro modelo, en quien nada hubo que no fuese santo y divino por completo, vivió, sin embargo, con

1. «Si quis vult post me venire, abneget semetipsum et tollat crucem suam et sequatur me». Matth., XVI, 24.

tal desprendimiento de sí mismo y con tal anonadamiento de su espíritu humano, de su propia voluntad y del amor de sí mismo, que jamás hizo nada por su propio espíritu y humano sentimiento, sino guiado del espíritu de su Padre; nunca siguió su propia voluntad, sino la de su Padre; se condujo consigo mismo como quien no se tiene amor alguno, antes odio extremado, privándose en este mundo de una gloria y felicidad infinitas y de todos los placeres y contentamientos humanos, y buscando y abrazando todo aquello que podía proporcionarle sufrimiento en su cuerpo y en su alma.

Por esta razón, si somos con verdad sus miembros, debemos penetrarnos de sus sentimientos y disposiciones, y tomar una firme resolución de vivir en lo sucesivo con un completo desprendimiento y odio de nosotros mismos.

A este efecto, tened cuidado de adorar frecuentemente a Jesús en este desprendimiento de sí mismo y de entregarnos a Él, suplicándole que os despegue enteramente de vosotros mismos, de vuestro propio espíritu, de vuestra propia voluntad y de vuestro amor propio, para uniros perfectamente a Él y regiros en todas las cosas, según su espíritu, según su voluntad y su puro amor.

Al dar comienzo a vuestras obras, elevad a Jesús vuestro corazón de este modo: ¡Oh Jesús, yo renuncio con todas mis fuerzas a mí mismo, a mi propio espíritu, a mi propia voluntad y a mi amor propio y me entrego totalmente a Vos, a vuestro santo espíritu y a vuestro divino amor; sacadme fuera de mí mismo y guiadme en esta obra según vuestra santa voluntad.

En las ocasiones de discutir, que se os presentarán dada la diversidad de opiniones que a cada hora se nos ponen delante, aunque os parezca tener razón y que la verdad está de vuestra parte, alegraos, con tal que no vayan en ello los intereses de la divina gloria, de tener

ocasión de renunciar a vuestro propio parecer y ceder a la opinión ajena.

En los deseos e inclinaciones que hacia cualquier cosa sintáis, deshacedos enseguida de ello a los pies de Jesús, y protestadle que no queréis tener más voluntad e inclinaciones que las suyas.

Tan pronto como os apercibáis que tenéis alguna ternura o afición sensible hacia algo, en el mismo momento dirigid a Jesús vuestro corazón y vuestros afectos, de esta manera: ¡Oh mi querido Jesús, os hago entrega completa de mi corazón con todos sus afectos! ¡Oh único objeto de mis amores, haced que jamás ame nada sino en Vos y por Vos!

Cuando se os prodigue alguna alabanza, referidla a Aquél que es el único digno de todo honor, diciendo: ¡Oh gloria mía, no quiero yo nunca más gloria que la vuestra; porque a Vos sólo es debido todo honor, toda alabanza y toda gloria y a mí toda abyección, desprecio y humillación!

Cuando se os presenten motivos de mortificación para el cuerpo o para el espíritu, u ocasiones de privaros de algún contentamiento (lo que acontece a cada paso) abrazadlas de buena gana por amor de Nuestro Señor y bendicidle porque os conceda la gracia de tener ocasión de mortificar vuestro amor propio y de honrar las mortificaciones y privaciones que Él soportó en la tierra.

Cuando sintáis algún gozo o consolación, devolvedse-lo al que es manantial de todo consuelo y decidle así: ¡Ah Señor, bastante gozo es para mí saber que sois Dios y que sois mi Dios! ¡Oh Jesús, sed siempre Jesús: es decir, siempre lleno de gloria, de grandeza y de felicidad y yo estaré siempre contento! ¡Oh Jesús mío, jamás permitáis que me goce en cosas del mundo, sino sólo en Vos, y haced que

pueda deciros con la santa reina Ester: «Sabes que jamás he tenido contento sino en ti» (2).

CAPITULO IX

La perfección del desprendimiento cristiano

La perfección de la abnegación o desprendimiento cristiano no consiste solamente en estar desasido del mundo y de sí mismo; nos obliga también a despegarnos en cierto modo del mismo Dios. ¿No sabéis cómo Nuestro Señor, cuando todavía estaba en la tierra, aseguró a sus apóstoles que era conveniente que se separase de ellos y se fuera a su Padre para enviarles su Santo Espíritu? La razón de esto es, porque estaban pegados a la consolación sensible que les proporcionaba la presencia y el trato visible de su sagrada humanidad, lo cual era un impedimento para que viniera a ellos el Espíritu Santo. Tan necesario es estar despegados de todas las cosas, por santas y divinas que ellas sean, para vivir animados del espíritu de Jesucristo, que es el espíritu del cristianismo.

Por esto digo, que es preciso desprendernos en cierta manera hasta de Dios, es decir, de las dulzuras y consolaciones que van ordinariamente unidas a la gracia y al amor de Dios; de los deseos que tenemos de mayor perfección y amor de Dios; y aun del deseo que podemos te-

2. «Tu scis... quod nunquam laetata sit ancilla tua, ex quo huc translata sum usque in praesentem diem, nisi in te, Domine Deus Anraham». Esth., XIV, 18.

ner de vernos libres de la cárcel de este cuerpo, para ver a Dios, para estar unidos a Él con toda perfección y para amarle pura y eternamente. Por lo que, cuando Dios nos hace sentir las dulzuras de su bondad en nuestros ejercicios de piedad, debemos guardarnos mucho de no limitarnos a descansar en ellas y tomarlas afición, sino humillarnos al momento, creyéndonos indignos de todo consuelo y tornarlas a Él, estando dispuestos a ser despojados de ellas, y protestando que deseamos servirle y amarle, no por la consolación que Él da, sea en este mundo, sea en el otro, a los que le aman y le sirven, sino por el amor de sí mismo y por su propia felicidad.

Cuando concebimos algún buen propósito o realizamos alguna acción santa por la gloria de Dios, aunque hayamos de poner todos los medios posibles para llegar a su cumplimiento, debemos, no obstante, cuidarnos de aficionarnos demasiado a ello; de tal suerte, que si por algún motivo nos vemos obligados a interrumpir o abandonar enteramente esta acción o propósito, no perdamos la paz y quietud de nuestro espíritu, sino que nos mantengamos contentos, en vista de la voluntad y permisión divinas que todas las cosas gobierna, y para quien todas ellas son igualmente amables».

De igual manera, aunque debemos poner cuanto está de nuestra parte para vencer nuestras pasiones, vicios e imperfecciones y para practicar con perfección toda clase de virtudes, debemos, no obstante, trabajar en ello, sin apego y sin excesiva complacencia; de suerte, que cuando no nos encontramos con tanta virtud y amor de Dios como desearíamos, permanezcamos en paz y sin inquietud, confundiéndonos porque ponemos en ello nuestro propio obstáculo, amando nuestra propia abyección, contentándonos con lo que al Señor pluguiere concedernos, perseverando siempre en el deseo de ir adelantando, y teniendo confianza en la bondad de Nuestro Señor que nos

dará las gracias que necesitamos para servirle conforme a la perfección que pide de nosotros.

Asimismo, aunque debemos vivir con cierta esperanza, con cierto deseo y continuo desfallecimiento, teniendo delante la hora y el momento feliz que nos apartará de una vez de la tierra, del pecado y de toda imperfección y nos unirá perfectamente a Dios y a su puro amor; y aunque debemos trabajar con todas nuestras fuerzas para que se consuma la obra de Dios en nosotros, a fin de que, perfeccionada su obra cuanto antes en nosotros, nos recoja Él pronto dentro de sí, ha de ser, no obstante, este nuestro deseo sin apego ni inquietud; de suerte que si es del agrado de N. Señor que estemos aún muchos años privados de la visión dulcísima de su divino rostro, nos quedemos contentos, en vista de su amabilísima voluntad, aún cuando a Él le plugiera hacernos soportar tan dura privación hasta el día del juicio.

He aquí lo que yo llamo estar desprendido de Dios y en qué consiste el perfecto desprendimiento que todos los cristianos deben tener del mundo, de ellos mismos y de todas las cosas. ¡Oh, qué dulce cosa es, vivir de esta manera libre y desprendido de todo!

Se pensará, acaso, que es muy difícil llegar a esto; todo se nos hará fácil, si nos entregamos enteramente y sin reserva al Hijo de Dios y si ponemos nuestro apoyo y confianza, no en nuestras fuerzas y resoluciones, sino en lo inmenso de su bondad, en el poder de su gracia y de su amor. Porque, donde este divino amor se encuentra, todo se hace sumamente dulce. Es verdad que hay que hacernos mucha violencia a nosotros mismos y pasar muchas penas, amarguras, oscuridades y mortificaciones; sin embargo, en los caminos del amor divino hay más miel que hiel, más dulzura que rigor.

¡Oh Salvador mío, qué gloria para Vos! ¡Qué satisfacción más íntima os proporcionan estas almas en quienes

tan grandes cosas obráis, cuando avanzan llenas de valor y entusiasmo por esos caminos, abandonándolo todo y desprendiéndose de todo, hasta en cierta manera de Vos! ¡Con qué santidad os adueñáis de ellas! ¡Cuán admirablemente las transformáis en Vos mismo, revistiéndolas de vuestras cualidades, de vuestro espíritu y de vuestro amor!

¡Qué contento y suavidad experimenta el alma que puede decir con toda verdad: Dios mío, heme aquí libre y desembarazado de todo! ¿Quién podrá ahora estorbarme amaros con toda perfección? Heme totalmente desprendida de todo lo terreno; atraedme ya en pos de Vos, ¡oh Jesús mío! «Trahe me post te, curemus in odorem unguentorum tuorum». De qué gran consuelo disfruta el alma que puede decir con la esposa: «Mi Amado es todo para mí, y yo soy toda de mi amado» (1) y con Jesús: «Todas mis cosas son tuyas, ¡oh Salvador mío! como las tuyas son mías» (2).

Entremos, pues, en grandísimos deseos de este santo desprendimiento, démonos enteramente y sin reserva a Jesús y supliquémosle que haga un alarde del poder de su brazo para romper nuestras ligaduras y desasirnos totalmente del mundo, de nosotros mismos y de todas las cosas, a fin de que pueda Él obrar en nosotros sin impedimento alguno, cuanto Él desee para su gloria.

1. «Dilectus meus mihi et ego illi», Can., II, 16.

2. «Omnia mea tua sunt, et tua mea sunt», Joan., XVII, 10.

CAPITULO X

Cuarto fundamento de la vida cristiana: la oración

El ejercicio santo de la oración debe colocarse entre los principales fundamentos de la vida cristiana, porque toda la vida de Jesucristo no fue sino una no interrumpida oración que debemos nosotros continuar y hacer patente en nuestra vida, como cosa tan importante y absolutamente necesaria, que ni la tierra que nos sostiene, ni el aire que respiramos, ni el pan que nos sustenta, ni el corazón que late en nuestro pecho son tan necesarios al hombre para vivir la vida humana, como lo es la oración a un cristiano para vivir cristianamente. La razón es:

1. Porque la vida cristiana, llamada por el Hijo de Dios vida eterna, consiste en conocer y amar a Dios (1); y esta divina ciencia se aprende en la oración.

2. Porque, por nosotros mismos nada somos, nada podemos, no tenemos sino pobreza y nada. De aquí que tengamos una grandísima necesidad de acudir a Dios a cada instante, por medio de la oración, para obtener de Él todo lo que nos falta.

La oración es una elevación respetuosa y amorosa de nuestro espíritu y de nuestro corazón a Dios. Es un dulce entretenimiento, una santa comunicación y una divina conversación del alma cristiana con su Dios, en la que le considera y contempla en sus divinas perfecciones, en sus misterios y en sus obras; le adora, le bendice, le ama, le glorifica, se entrega a Él, se humilla ante Él a la vista de

1. «Haec est autem vita aeterna ut cognoscant te solum Deum verum, et quem misisti Jesum Christum». Joan., XVII, 3.

sus pecados e ingratitudes, le suplica que tenga con él misericordia, aprende a hacerse semejante a Él imitando sus divinas virtudes y perfecciones; y, en fin, le pide cuanto necesita para servirle y amarle.

La oración es una participación de la vida de los ángeles y de los santos, de la vida de Jesucristo y de su santísima Madre, de la vida del mismo Dios y de las tres divinas Personas. Porque la vida de los ángeles, de los santos, de Jesucristo y de su santísima Madre no es otra cosa que un continuo ejercicio de oración y de contemplación, estando, como están, sin cesar ocupados en contemplar, glorificar y amar a Dios, y en pedirle para nosotros las cosas que necesitamos. Y la vida de las tres Personas divinas es una vida empleada eternamente en contemplarse, glorificarse y amarse las unas a las otras, que es lo que primera y principalmente se hace en la oración.

La oración es la felicidad perfecta, la dicha soberana y el verdadero paraíso que cabe en la tierra; toda vez que por este divino ejercicio el alma cristiana se une a Dios, que es su centro, su fin y su soberano bien. En la oración el alma posee a Dios y es de Él poseída; en ella le da cuenta de sus deberes, le rinde sus homenajes, sus adoraciones, sus amores, recibe de Él sus luces, sus bendiciones y mil testimonios del excesivo amor que por ella tiene. En ella, en fin, tiene Dios en nosotros sus delicias, según ésta su palabra: «Mis delicias son estar con los hijos de los hombres» (2), y nos hace conocer por experiencia que las verdaderas delicias y los perfectos goces están en Dios y que cien y aun mil años de los falsos placeres del mundo no equivalen a un momento de las verdaderas dulzuras que Dios hace gustar a las almas que ponen todo su contento en tratar con Él, por medio de la santa oración.

2. «*Deliciae mae esse cum filiis hominum*». Prov., VIII, 31.

Es, en fin, la oración la acción y ocupación más digna, noble y elevada, la más grande e importante en la que podéis emplearos, puesto que es ocupación y empleo continuo de ángeles y santos, de la Santísima Virgen, de Jesucristo y de las tres santas Personas durante toda la eternidad, ocupación que ha de ser nuestro ejercicio perpetuo en el cielo. Más aún, es la verdadera y propia función del hombre y del cristianismo, puesto que el hombre no ha sido creado sino para Dios, para estar en compañía de Él y el cristiano no está en la tierra sino para continuar lo que Jesucristo hizo, mientras estuvo en ella.

Por todo esto, yo os exhorto cuanto puedo y os requiero con todo encarecimiento a cuantos leáis estas líneas, que, ya que nuestro amabilísimo Jesús se digna tener sus delicias en estar y conversar con nosotros por medio de la santa oración, no le privéis de este su contentamiento; probad, más bien, cuánta verdad encierra lo que dice el Espíritu Santo: «Ni en su conversación tiene rastro de amargura, ni causa tedio su trato, sino antes bien consuelo y alegría» (3).

Mirad este negocio de la oración como el primero y principal, como el más necesario, urgente e importante de todos vuestros negocios, y libraos cuanto podáis de otros negocios menos necesarios, para que podáis dedicar a él el mayor tiempo posible, especialmente por la mañana, por la tarde y un poco antes de la comida, con algunos de los modos de orar que a continuación se exponen.

3. «Non enim habet amaritudinem conversatio illius, nec taedium convictus illius, sed aletitiam et gaudium». Sap., VIII, 16.

CAPITULO XI

Diversas maneras de orar y en primer lugar de la oración mental

Hay varias clases de oración, entre las cuales haré resaltar aquí cinco principales. La primera es la que se llama oración mental o interior, en la que el alma trata interiormente con Dios, tomando por materia de su conversación: alguna de sus divinas perfecciones, o algún misterio, virtud o palabra del Hijo de Dios, o lo que Él ha obrado y sigue obrando todavía, en el orden de la gloria, de la gracia y de la naturaleza, en su Santísima Madre, en sus Santos, en su Iglesia y en el mundo natural; empleando en primer lugar el entendimiento en considerar con suave y firme atención y aplicación de espíritu las verdades que se encuentran en la materia que se medita, capaces de excitarnos al amor de Dios y a la detestación de los pecados; aplicando, luego, el corazón y la voluntad a producir diversos actos y afectos de adoración, de alabanza, de amor, de humillación, de contrición, de oblación y de resolución de huir del mal y practicar el bien, y otros semejantes, según le sugiera el espíritu de Dios.

Es santo, útil y lleno de bendiciones este modo de orar que no puede explicarse con palabras. Si Dios os atrae hacia Él y os concede esa gracia, debéis agradecerse mucho, como un grandísimo don que se os concede. Si aún no os lo ha concedido, suplicadle que os lo conceda y haced cuanto podáis de vuestra parte para corresponder a su gracia y para ejercitaros en esta santa oración que Dios mismo os enseñará mejor que todos los libros y doctores del mundo, si vais a postraros a sus pies con humildad, confianza y pureza de corazón.

CAPITULO XII

Segunda manera de orar: la oración vocal

La segunda manera de orar es la que lleva el nombre de vocal, la cual se ejecuta hablando a Dios con la boca, sea diciendo el oficio divino, o el santo rosario o cualquier otra plegaria vocal. Esta no es menos útil que la precedente, con tal que la lengua vaya a una con el corazón, es decir, que, hablando a Dios con la lengua, le habléis a la vez con el corazón, mediante la diligencia y aplicación de vuestro espíritu. De este modo vuestra oración será juntamente vocal y mental. Si, por el contrario, os acostumbráis a muchas oraciones vocales hechas por rutina y sin atención, saldréis de la presencia de Dios más disipados, más fríos y más flojos en el amor, que lo estabais antes.

Por esto os aconsejo que, exceptuando las de obligación, hagáis más bien pocas oraciones vocales; que tengáis la santa costumbre de hacerlas bien, con mucha atención y unión con Dios, ocupando vuestro espíritu y vuestro corazón, mientras habla vuestra lengua, en algunos pensamientos y afectos, acordándoos que debéis continuar la oración que Jesucristo hacía en la tierra, entregándoos para ello a Él, uniéndoos al amor, a la pureza y santidad y a la perfectísima atención con que Él oraba y rogándole que imprima en vosotros las disposiciones e intenciones santas y divinas con las que Él hacía su oración.

Podéis, asimismo, ofrecer vuestra oración a Dios en unión de todas las santas plegarias y divinas oraciones que han sido y serán hechas constantemente en el cielo y en la tierra, por la Santísima Virgen, por los ángeles, por todos los santos de la tierra y del cielo, uniéndoos al

amor, a la devoción y atención con que ellos practicaron este divino ejercicio.

CAPITULO XIII

Tercera manera de orar: practicar todas las obras con espíritu de oración

La tercera manera de orar es realizar cristiana y santamente todas nuestras acciones, aun las más pequeñas, ofreciéndolas a Nuestro Señor al comenzarlas, y elevando de vez en cuando nuestro corazón a Él, mientras las realizamos. Porque practicar así nuestras obras es practicarlas con espíritu de oración, es estar siempre en un continuo ejercicio de oración, siguiendo el mandamiento de Nuestro Señor que quiere «que oremos siempre y sin intermisión» (1); es además un excelente y facilísimo modo de estar siempre en la presencia de Dios.

CAPITULO XIV

Cuarta manera de orar: la lectura de los buenos libros

La cuarta manera de orar es por medio de la lectura de los buenos libros; leyéndolos, no de corrida y precipi-

1. «Oportet semper orare et non deficere». Luc., XVIII, 1. «Sine intermissione orate». 1. Thess., V, 17.

tadamente, sino despacio y con la debida aplicación de la mente a lo que leéis, deteniéndoos a considerar, rumiar, ponderar y gustar las verdades que más os conmuevan, a fin de imprimirlas en vuestro espíritu y sacar de ellas diversos actos y afectos, como se dijo en el capítulo de la oración mental.

Es este un ejercicio importantísimo y obra en el alma los mismos efectos que la oración mental. Por eso, una de las cosas que más os recomiendo es que no dejéis pasar ningún día sin leer media hora un libro santo. Mas, procurad, al comenzar vuestra lectura, entregar vuestro espíritu y vuestro corazón al Señor, suplicándole que os conceda la gracia de sacar de ella el fruto que Él os pida y que obre en nosotros por ella cuanto desee para su gloria.

CAPITULO XV

Quinta manera de orar, que es hablar de Dios; y cómo hay que hablar y oír hablar de Dios

Es también cosa muy útil y santa y que mucho suele inflamar las almas en el amor divino, hablar y conferenciar de vez en cuando familiarmente los unos con los otros de Dios y de las cosas divinas. En esto debieran los cristianos emplear su parte de tiempo; estos debieran ser sus discursos y entretenimientos ordinarios; en esto debieran hacer consistir su recreación y esparcimiento.

A ello nos exhorta el príncipe de los apóstoles, cuando nos dice: «El que habla, hágalo de modo que parezca que habla Dios por su boca» (1).

1. «Si quis loquitur, quasi sermones Dei». 1 Pet., IV, 11.

Porque, puesto que somos hijos de Dios, debemos gozarnos en hablar el lenguaje de nuestro Padre, que es un lenguaje santísimo, celestial y todo divino; y, ya que somos creados para el cielo, debemos comenzar desde la tierra a hablar el lenguaje del cielo. ¡Oh qué santo y delicioso lenguaje! ¡Qué dulce cosa es para un alma que ama a Dios sobre todas las cosas, hablar y oír hablar de lo que ella más ama en el mundo! ¡Oh qué gratos son estos santos entretenimientos a Aquél que ha dicho, que «donde dos o tres se hallen congregados en su nombre, allí se halla Él en medio de ellos!» (2). ¡Qué diferente es este lenguaje del lenguaje ordinario del mundo! ¡Qué tiempo más santamente empleado, siempre que se reúnan las debidas disposiciones!

A este efecto, debemos seguir el ejemplo y las reglas que sobre esta materia nos da San Pablo, en estas palabras: «Hablamos, *como de parte de Dios*, en la presencia de Dios, y según el espíritu de Jesucristo» (3); palabras que nos señalan las tres cosas que hemos de observar para hablar santamente de Dios.

La primera es, que hemos de hablar «como de parte de Dios», es decir, que hemos de sacar del corazón de Dios las cosas y palabras que tenemos que decir, entregándonos al Hijo de Dios, al dar comienzo a nuestras conversaciones espirituales, a fin de que Él ponga en nuestra mente y en nuestra boca las ideas y palabras que hemos de decir, para así poder decirle lo que Él dijo a su Padre: «Yo les di las palabras, o doctrina que tú me diste» (4).

La segunda cosa es, que hemos de hablar «en la pre-

2. «Ubi enim sunt duo vel tres congregati in nomine meo, ibi sum in medio eorum». Math., 18, 20.

3. «Sicut ex Deo, coram Deo, in Christo loquimur». Cor., 11, 17.

4. «Verba quae dedisti mihi dedi eis». Joan., 17, 8.

sencia de Dios», es decir, con atención y aplicación a Dios que está presente en todas partes, y con espíritu de oración y recogimiento, entregándonos a Dios para hacer nuestros los efectos de las cosas que decimos, o que oímos decir, haciendo de ello todo el uso que Él espera de nosotros.

La tercera es, que debemos hablar «en Jesucristo», es decir con las intenciones y disposiciones de Jesucristo, y como Jesucristo hablaba cuando estaba en la tierra, o como Él hablaría, si estuviese en nuestro lugar. Para esto, hemos de entregarnos a Él, y unirnos a las intenciones con que Él hablaba, cuando estaba en el mundo, que no se encaminaban a otro fin que a la pura gloria de su Padre, así como también a sus disposiciones que no eran otras que: humildad consigo mismo, dulzura y caridad para con los que hablaba, y amor y unión para con su Padre.

Si así lo hacemos, nuestros discursos y conversaciones le serán muy gratos, Él estará en medio de nosotros, tendrá entre nosotros sus delicias, y el tiempo que empleemos en estos santos entretenimientos, será tiempo de oración.

CAPITULO XVI

De las disposiciones y cualidades que deben acompañar a la oración

Nos enseña el apóstol San Pablo que para hacer santamente todas nuestras acciones es preciso hacerlas en el nombre de Jesucristo; y el mismo Jesucristo nos asegura que «todo lo que pidiéramos a su Padre en su nombre,

nos lo concederá». De aquí que para orar santamente y para alcanzar de Dios todo lo que le pedimos, haya que orar en el nombre de Jesucristo.

Pero ¿qué es orar en el nombre de Jesucristo? Es lo que hemos ya dicho como de pasada y lo que nunca diremos lo bastante, a fin de grabarlo bien en vuestra alma, como verdad importantísima y que os hará gran servicio en todos vuestros ejercicios. Es continuar la oración que Jesús hizo en la tierra. Porque, siendo los cristianos miembros de Jesucristo, siendo su cuerpo, como habla San Pablo, ocupan en la tierra el lugar de Jesucristo, representan a su persona, y, por consiguiente, cuanto hacen, deben hacerlo en su nombre, esto es, con espíritu, como él mismo lo hizo cuando estaba en el mundo, y como lo haría si estuviese actualmente en nuestro lugar; enteramente lo mismo que el embajador que representa la persona del rey y hace sus veces, debe obrar y hablar en nombre del rey, esto es, informado de su mismo espíritu, con las mismas disposiciones e intenciones que obraría y hablaría el mismo rey si estuviera presente. Así es como deben orar los cristianos. Para conseguirlo, acordáos cuando vais a orar, que vais a continuar la oración de Jesucristo y que la debéis continuar, orando como Él haría su oración, si estuviese en vuestro lugar, es decir, con aquellas disposiciones con que oró y continúa orando en el cielo y en nuestros altares, en los que está presente con un continuo ejercicio de oración a su Padre. A este fin, uníos al amor, a la humildad, a la pureza y santidad, a la atención y a todas las disposiciones e intenciones santas con que Él ora.

Ahora bien, entre estas disposiciones hay sobre todo cuatro, con las que Él oró y nosotros debemos orar, si deseamos dar gloria a Dios con nuestra oración y alcanzar de Dios lo que le pedimos.

1. La primera disposición para la oración es: que

debemos presentarnos delante de Dios con profunda humildad, reconociéndonos indignísimos de comparecer ante su presencia, de mirarle y de ser mirados y escuchados por Él y que no-sotros mismos no podemos tener pensamiento alguno bueno, ni realizar ningún acto que le sea agradable.

Por esta razón, hemos de anonadarnos a sus pies, entregarnos a Nuestro Señor Jesucristo y rogarle que Él nos anonade y permanezca entre nosotros, a fin de que sea Él quien ruegue y haga oración en nosotros, porque Él sólo es digno de presentarse ante su Padre, para glorificarle y amarle y para obtener de Él cuanto le pide.

Debemos, por consiguiente, pedir al Padre Eterno con completa confianza, todo lo que le pedimos en nombre de su Hijo, por los méritos de su Hijo, por su Hijo Jesús que está con nosotros.

2. La segunda disposición con que hemos de orar es: una respetuosa y amorosa confianza; creyendo, sin ningún género de duda, que cuanto pidamos para la gloria de Dios y nuestra salvación infaliblemente lo alcanzaremos; y las más de las veces con mayor resultado de lo que pretendemos, puesto que le pedimos, no afianzándonos en nuestros méritos o en la eficacia de nuestra plegaria, sino en el nombre de Jesucristo, por los méritos y súplicas de Jesucristo, por Jesucristo mismo, apoyados en su pura bondad y en la verdad de estas sus palabras: «Pedid y se os dará; cuanto pidiéreis al Padre en mi nombre os lo concederá»; y: «todas cuantas cosas pidiéreis en la oración, tened viva fe de conseguirlas y se os concederán sin falta» (1). Porque, realmente, si Dios nos tratase conforme a nuestros méritos, nos arrojaría de su presencia y nos

1. «Petite et dabitur vobis». Luc., II, 9. «Si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis». Joan., XVI, 23. «Omnia quaecumque orantes petitis, credite quia accipietis et evenient vobis». Marc., II, 24.